

TDHA O TRASTORNO DE DÉFICIT DE ATENCIÓN E HIPERACTIVIDAD ¿HAY UNA EPIDEMIA EN LAS GUARDERIAS?

Desde hace unos años este trastorno está siendo diagnosticado en niños y niñas cada vez más pequeños. El aumento de familias preocupadas por la posibilidad de que su hijo sufra este trastorno se va incrementando de forma excepcional.

Es habitual recibir a padres y madres en la consulta del Servicio de Asesoramiento Psicopedagógico preguntando si hemos observado algún indicador que advierta de que su hijo/a sufra este trastorno; familias que nos hablan de algún hijo de más edad que ha sido diagnosticado y que toma medicación por este motivo. Algunas solicitan un informe de la escuela para que el pediatra les recete algún "tranquilizante" para su criatura; otras piden "pautas" para tratar a sus hijos, seguras de que el pediatra "todavía" no les dará la medicación porque no tienen la edad que marca el "protocolo" para poder administrarla. Todas estas peticiones, más o menos afortunadas, se crean basadas en la observación de la manera de relacionarse los niños que no sobrepasan los 3 años de edad.

La mayoría de educadoras se sorprenden ante la preocupación y la insistencia de las familias por este motivo. Ellas son expertas en cuidar niños que están empezando a aprender a relacionarse con el entorno y para estos el movimiento es un reto que les ayuda a desplazarse, a explorar, a darse cuenta de que cada vez van necesitando menos al adulto para conseguir el objeto que les está llamando la atención: coger uno tras otro porque al instante resulta más atractivo y que puede romperse en sus manos antes de que el adulto pueda evitarlo, etc... Estas son algunas de las conductas saludables que, a veces, se interpretan como "conductas patológicas" que deben ser reconducidas lo antes posible. La queja, en muchas ocasiones, viene desde el adulto cuando manifiesta su propia ansiedad ante la dificultad de poder contener a su hijo. Los profesionales que atendemos a estas familias vemos cómo se va consolidando una relación padres-hijos en la que la sospecha de una patología y la preocupación por "hacerlo bien" les hacen dudar y cuestionarse sus papeles.

En este artículo queremos hacer una lectura saludable de estos comportamientos. Un niño en edad de guardería debe moverse, debe caer para poder levantarse, tiene que aprender qué objetos son frágiles y cuáles no, debe saber que si se tira con brusquedad puede hacerse daño, debe poder manipular los objetos hasta encontrar la mejor manera de utilizarlos... A esta edad, los niños imitan a los adultos y, por lo tanto, es posible que los encontremos haciendo alguna actividad que no sea adecuada y que, incluso, pueda ponerles en peligro. Acompañarles con palabras y compartir con ellos las actividades será la clave. No siempre es posible compartir estos momentos, pero, con más o menos tiempo, la mayoría de padres y madres lo hacen. El problema surge, quizás, cuando es el niño el que pide atención en momentos en que el adulto está atareado en casa. Es muy probable que cuando la disposición del adulto sea absoluta, el niño no tenga tanto interés en reclamar su atención. Los problemas de atención de los hijos tienen que ver, de alguna forma, con la atención que los adultos les prestan. Debemos entender que los niños no pueden estar delante del televisor el tiempo que necesitamos para hacer la cena, por ejemplo. Es cierto que muchas familias querrían poder estar más tiempo con sus hijos,

pero el trabajo y las obligaciones no siempre se lo permiten. Intentemos entonces entender qué les está pasando y actuemos en consecuencia. La conexión emocional con los niños

(mirar juntos un cuento, reconocer un objeto o una persona a través de las palabras del adulto y que luego repetirá el niño, etc...) es la base del aprendizaje.

Ponerse en el lugar de los niños, establecer un vínculo de comunicación y empatía es la “pauta” para que aprendan a conocerse y a reconocerse como personas y ,en definitiva, a moverse de forma saludable en el mundo que les rodea.

CENTRO DE PSICOLOGÍA RUBI SANT CUGAT